

CAMBIOS SOCIALES EN EL VALLE INFERIOR DEL EBRO DESDE LA IBERIZACION A LA ROMANIZACION

T. GIMENO

Hemos de partir de una periodización cronológica y cultural del mundo ibérico para poder distinguir en cada momento las transformaciones sociales y económicas, así como su evolución hasta la romanización en el área que nos ocupa. Desgraciadamente, la problemática en torno a dicha periodización adolece de una mayor documentación orientada a tal fin, ya que para los momentos iniciales de la fase de iberización, la investigación arqueológica es parcial en lo que se refiere a un conocimiento exhaustivo de áreas de habitación ibéricas, adoleciendo además de una prospección geográfica más uniforme.

De esta manera, y tomando como referencia para nuestro trabajo las áreas en torno al Ebro inferior desde la costa hasta el «*arrière pays*» del mismo, podemos destacar una cierta uniformidad cultural y evolutiva que engloba a las tribus ibéricas genéricamente conocidas como edetanos, ilerjavones, ilergetes y sedetanos. No vamos a entrar ahora en una delimitación geográfica de las mismas, problema ya tratado por varios investigadores¹, sino en la serie de elementos que ayudan a su configuración social y económica. Pero antes debemos tener en cuenta una serie de consideraciones que pueden ayudarnos a perfilar la citada base socioeconómica para dichas tribus.

Por lo que respecta a la información que nos pueden brindar las fuentes clásicas acerca de los pueblos ibéricos del Ebro inferior, es a todas luces insuficiente incluso hasta el momento en que se inicia el proceso de romanización. Hasta entonces hemos de basarnos principalmente en la documentación arqueológica que ofrece un conocimiento parcial, fragmentario y excesivamente tipológico por su interpretación. Incluso así se hace difícil establecer un ciclo evolutivo de la iberización en el valle del Ebro ante la falta de una prospección que abarque el conjunto del territorio². De esta manera, y con las limitaciones expuestas, la secuencia que podemos establecer desde el siglo VIII a. C. hasta el siglo III a. C., se inicia con un proceso de extensión agrícola y ganadera en torno al valle del Ebro, y entendiendo que el mismo comporta unas formas de explotación agrícola extensivas, completadas por una ganadería. Con anterioridad a los comienzos del primer milenio a. C., no se puede hablar del citado proceso económico generalizado a todo el valle del Ebro, siendo la población del

Bronce Final la que tiende hacia formas económicas y sociales más estables que se reflejarán en la aparición de los primeros núcleos urbanos más sedentarios.

Este fenómeno va ligado al asentamiento de poblaciones de procedencia europea que en sucesivas oleadas, irán ocupando nuevas tierras dentro del proceso de extensión agrícola y ganadera³. Asimismo la aportación y generalización de la metalurgia potenciará este proceso, ya que si el bronce no se utiliza normalmente para tareas agrícolas, con la introducción del hierro y las posibilidades técnicas que su uso comporta, favorecerán cambios en la estructura de estas poblaciones. Así tendrá lugar un aumento demográfico debido a un mejor aprovechamiento de los recursos económicos, y la organización social irá cristalizando en hábitats o poblados más o menos permanentes en función del modo de producción agrícola o ganadero. Es importante tener en cuenta que el desarrollo de estos primeros poblados en torno al siglo VIII a. C., dará lugar a una división social del trabajo, aunque la estructura familiar tendrá aún una gran importancia, confirmada por el pequeño tamaño de los poblados de comienzos de este primer milenio. Junto a las poblaciones e influencias de tipo hallstático bien detectadas desde el Ebro medio o en el Bajo Aragón, pero peor conocidas en el Bajo Ebro y provincia de Castellón, debe tenerse en cuenta la incidencia de un proceso colonial mediterráneo que desde el siglo VII a. C. influirá en el Levante peninsular que nos ocupa⁴.

Aunque el problema del impacto colonizador de signo fenicio o griego no está aún suficientemente documentado, es evidente que el mismo puede introducir nuevos elementos que ayudarán a la transformación y posterior evolución de las poblaciones indígenas iniciándose así los orígenes de la cultura ibérica. De esta manera, mientras las poblaciones de tradición hallstática evolucionan dentro de las premisas neolíticas expuestas para el valle del Ebro, en la costa y debido a la incidencia colonial mediterránea, surgirán formas de vida que configurarán la cultura ibérica. Esta cultura, viene caracterizada por un mayor desarrollo de los núcleos urbanos, por una mayor extensión de las formas agrícolas y ganaderas, por un dominio de las técnicas metalúrgicas, por la aparición y generalización de la cerámica a torno, por un crecimiento demográfico, por una mayor especialización del trabajo y por una estructuración social que en base a los poblados formará agrupaciones mayores de población sobre un área determinada, que ha llegado a nosotros bajo los diversos nombres de tribus ibéricas⁵.

Cronológicamente este proceso de formación del mundo ibérico, en lo que se refiere a la costa levantina en torno al Ebro, se inicia a comienzos del siglo VI a. C., generalizándose y extendiéndose el proceso de iberización hasta finales del citado siglo, momento en el que se ha alcanzado plenamente la zona bajoaragonesa, iniciándose allí una reconversión de los elementos de tradición hallstática hacia las formas de vida ibéricas que durante la primera mitad del siglo V a. C. llegarán hasta las cuencas de los ríos Segre y Martín⁶.

La presencia colonial de pueblos mediterráneos viene dada por una serie de productos cerámicos que a lo largo del siglo VI a. C. están documentados en una serie de yacimientos ibéricos, tales como los de Vinarragell de Onda o la necrópolis de la Solivella de Alcalá de Xivert, ambos en la provincia de Castellón, o los yacimientos tarraconenses de La Moleta del Remei de Alcanar, o las necrópolis de Els Mussols y Mianes de Tortosa, a los que hay que añadir ya en el valle del Ebro, el de El Coll del Moro de Gandesa, o el de El Coll del Moro de Serra d'Almors, y ya en el Bajo Aragón, los de La Gessera, Els Castellans, El Piuró del Barranc Fondo y el Tossal Redó, entre otros⁷.

A partir del siglo V a. C., con un mundo ibérico plenamente formado, además de la extensión del mismo remontando el Ebro hasta el área zaragozana y cuya delimitación puede venir dada por el área de influencia de los sedetanos, se empieza a poder seguir el desarrollo de las tribus ibéricas históricamente conocidas como edetanos, ilercavones, ilergetes y sedetanos. Los núcleos urbanos serán más estables y de mayor extensión como en los casos documentados del Castellet de Banyoles de Tivissa o de San Antonio de Calaceite. Asimismo la influencia ibérica se extenderá hasta el Ebro Medio y provincia de Soria a lo largo de los siglos IV y III a. C., momento en que la penetración ibérica alcanza también el Sistema Ibérico turolense.

Esta evolución ibérica quedará condicionada a partir de las intervenciones bárcidas y consecuentemente a las mismas, por la presencia romana en el litoral ibérico con cuya intervención desde finales del siglo III a. C., se iniciará el denominado proceso de romanización que incidirá en una serie de cambios en el sistema tribal ibérico.

Desde el punto de vista socio-económico podemos distinguir una serie de fases ligadas a la estructura hasta ahora expuesta. Así, desde el Bronce final y hasta los ambientes de tradición hallstättica, se irán perfilando pequeños núcleos de población cuya capacidad oscilará entre las 30 a 60 familias por poblado. Este sería el núcleo de la organización social y el tipo de relaciones con las áreas vecinas y el mismo determinará la necesidad de una mayor o menor capacidad defensiva. Aunque surgen sistemas de murallas, hasta en el siglo VI a. C. no encontramos poblados excesivamente fortificados o estratégicamente situados para unas necesidades de defensa. Cortes de Navarra podría ser un claro exponente de los mismos y en una fase ligeramente más avanzada, los poblados del Roquizal del Rullo de Fabara o El Cabezo de Monleón en Caspe representarían la aludida fase. Incluso los materiales de construcción empleados se basan en el adobe con apenas un refuerzo de piedra en los zócalos de las casas, sistema este último utilizado más para proteger a las construcciones de la humedad que como elemento defensivo⁸. Estos poblados en general tienen un período de utilización relativamente corto no superando, salvo casos excepcionales, los cien años de vida. La estructura interna, de los mismos ofrece aún poca división de las habitaciones en función de un uso específico de las mismas, destacando principalmente las estancias destinadas a almacenar productos principalmente agrícolas y las destinadas a cocina y dormitorio.

Económicamente el cultivo cerealista como producto básico de subsistencia, está documentado con las especies de *Triticum aestivum* L. o *Triticum dicoccum* Schr. documentados en Cortes y a los cuales sustituirá a partir del siglo V a. C., el *Triticum aestivum* extendido también, a las áreas costeras catalanas⁹. Otras especies agrícolas como la cebada se hallan asimismo representadas, extendiéndose su consumo a partir del siglo V a. C. a las áreas mencionadas, al igual que el consumo de bellotas, castañas y semillas de pino piñonero. El utillaje agrícola para estos momentos está documentado a través de piedras de molino circulares, diversos tipos de machacadores pulimentados y gran cantidad de dientes de hoz en sílex.

La ganadería viene dada por especies vacunas y porcinas introducidas desde comienzos del primer milenio así como por cabras y ovejas. Estas actividades se complementan con la caza y pesca fluvial, documentadas en los poblados de la Primera Edad del Hierro¹⁰.

La organización social anterior al siglo VI a. C. para el valle del Ebro puede basarse en el predominio de un determinado clan dentro de los poblados, pero por el pequeño tamaño de los mismos, así como por la igualdad que predomina en los ajuares

funerarios de los enterramientos, es difícil establecer una fuerte jerarquización social, predominando en su lugar una colaboración colectiva en las diversas actividades.

Es a partir del siglo VI a. C. y cuando se van perfilando y extendiendo los elementos culturales ibéricos, cuando podemos seguir mejor el proceso socio-económico en el valle del Ebro. Cabe no obstante insistir en el hecho de que el desarrollo ibérico en el mismo difiere considerablemente del que se da en las áreas tartesio-turdetas¹¹.

La extensión de las formas ibéricas desde la costa hasta el río Martín, vienen dados en primer lugar por el emplazamiento de los lugares de habitación en zonas de más difícil defensa, así como por la utilización de elementos constructivos en piedra. Esta no sólo se utilizará para sistemas de amurallamiento sino también para las viviendas que presentarán unas banquetas de hasta un metro de altura en lugar del zócalo que encontrábamos con anterioridad al siglo VI a. C. El espacio interno de los poblados se aprovechará al máximo tal vez como consecuencia de unas necesidades defensivas. Las casas irán especializándose en función de su contenido. A las mejoras técnicas en construcción deben unirse la proliferación de otras actividades como las textiles, las de fundición de metales, o la aparición de hornos cerámicos que producen una cerámica a torno mejor cocida y más industrializada. En tal sentido la forma de urna denominada de apéndices perforados o de orejetas constituye uno de los elementos más característicos de las áreas que nos ocupan hasta la región sedetana, con una cronología que abarca desde el último tercio del siglo VI a. C. hasta mediados del siglo V a. C. Todas estas actividades pueden por lo tanto rastrearse en los poblados de transición del siglo VI al siglo V a. C.¹².

La incidencia colonial podría ser el factor que desencadenaría ese mayor desarrollo técnico así como la introducción de nuevos productos agrícolas como la vid y el olivo. Podemos constatar que en el nivel Ib del poblado ibérico del Cabezo del Cantador de Jatiel, junto al río Martín y próximo a Escatrón, han aparecido gran cantidad de semillas de vid datables en la primera mitad del siglo V a. C.¹³.

Respecto a las características de la cultura material ya reseñadas, contamos con yacimientos como La Moleta del Remei de Alcanar, El Castellot de la Roca Roja de Benifallet, El Tossal del Moro de Pinyeres junto al río Algás en Tarragona, La Pedrera de Vallfogona de Balaguer, o Jebut en Lérida hasta Els Castellans o Azaila para el Bajo Aragón.

Todo ello comporta, además de un crecimiento demográfico, un cambio de la estructura social con una mayor división del trabajo y una tendencia hacia una jerarquización social potenciada por la delimitación de las áreas de influencia territorial que cada poblado representará, así como por las relaciones que entre los mismos se establecen en función de las formaciones tribales. Con todo, el desarrollo de estas estructuras sociales en el valle del Ebro no llegará a los planteamientos que pueden establecerse desde Sagunto hacia las áreas ibéricas levantinas más meridionales, o como en el caso del mundo tartesio-turdetano, a los planteamientos monárquicos supuestos para el mismo¹⁴. En las mismas, la fuerte presencia del elemento colonial fenopúnico podrá condicionar el desarrollo social en tal sentido, pero en el valle del Ebro dichos elementos no influirán en la estructura social planteada.

Siguiendo con la evolución hasta ahora expuesta para el área que nos ocupa, debemos hacer hincapié en que el siglo V a. C. representa un momento álgido en el desarrollo del mundo ibérico con la acentuación de los elementos anteriormente expuestos. Los núcleos urbanos tienden a ser más estables perdiendo las características migratorias que caracterizaban a las poblaciones anteriores al siglo V a. C.

También encontramos agrupaciones urbanas de mayor tamaño que tendrán una ocupación ininterrumpida hasta el siglo III a. C. con las características de un oppidum fortificado y plenamente organizado interiormente como en el caso del poblado de San Antonio de Calaceite. Otro exponente será el poblado del Castellet de Banyoles de Tivissa que presenta un alto desarrollo de sistemas defensivos e incluso con la posible existencia de algún santuario religioso en su interior¹⁵. En algunos casos la perduración de estos poblados seguirá aún con la presencia romana en el valle del Ebro. Tal es el caso del Cabezo de Alcalá de Azaila que representa a su vez la síntesis de elementos hallstáticos e ibéricos con una perduración hasta los comienzos del siglo I a. C., romanizándose con la llegada de los mismos hasta la región sedetana¹⁶.

No obstante hasta el siglo III a. C. no empiezan a experimentarse cambios notables en la estructura social de las referidas zonas ribereñas del Ebro. Las necrópolis ibéricas de los siglos V al III a. C. no muestran una clara diferenciación social y los productos exóticos de importación que llegan a los poblados, conservados principalmente a través de las cerámicas, tampoco muestran en su distribución en el interior de los mismos una concentración preferente en unas determinadas casas. Respecto a éstas, podemos insistir en que encontramos mayor número de dependencias especializadas en función de almacén, cocina, o vestíbulo. En general los poblados que abarcan la cronología anteriormente citada presentan dependencias en las que se concentran pesas de telar que demuestran una actividad textil en las mismas. Otras habitaciones mostrarán una mayor concentración de recipientes cerámicos en función de almacenar productos agrícolas. Asimismo la aparición de restos de hogares en los que frecuentemente se encuentran huesos fragmentados de animales, demuestran la utilización de dichas dependencias como lugar de cocina. Las actividades metalúrgicas, a través de los restos de escorias, se concentran a su vez en determinados puntos del poblado. Todo ello demuestra la consolidación de una división social del trabajo, aunque por el tamaño similar de las casas la diferencia entre los diversos habitantes de un poblado no se basa en una acumulación de riqueza. Cabe añadir que la estructuración de una retícula de calles dentro de los poblados favorece el desarrollo del urbanismo en los mismos. Igualmente es importante destacar que en algunos poblados y preferentemente en algún sector próximo a la muralla de acceso al mismo, encontramos espacios no utilizados como hábitat y que podrían destinarse a encerrar los animales domésticos en momentos de peligro, constatándose este ejemplo en yacimientos como El Castelló de la Roca Roja de Benifallet o en San Antonio de Calaceite. En este último poblado se conserva además una balsa que podría nutrir las necesidades de agua del poblado en diversas circunstancias¹⁷.

La utilización de los elementos expuestos redunda a favor de la utilización comunitaria de los mismos.

No hay que olvidar por otra parte que el aumento de una producción agrícola y ganadera favorece el crecimiento demográfico de estas poblaciones ibéricas, por lo que la necesidad de defender unos territorios propios en contra de la intrusión de otras tribus potenciará el carácter bélico del mundo ibérico desde el siglo V a. C. Así se explica la reiteración de los historiadores clásicos en lo referente a la belicosidad de los pueblos ibéricos. Así por ejemplo la belicosidad ibérica queda reflejada desde la Política de Aristóteles hasta en las diversas referencias a los mercenarios ibéricos reflejadas por Polibio o Livio, los cuales citarán dicha belicosidad en repetidas ocasiones con motivo de las guerras púnicas¹⁸.

A partir del siglo III a. C. las estructuras socio-económicas ibéricas vendrán condicionadas por la presión romana sobre la Península Ibérica. Tras la fase de

resistencia y pacificación del mundo ibérico, la evolución del mismo quedará reflejada de diversas maneras, reflejándose entonces con mayor insistencia los rasgos de bandolerismo expresados por Livio en XXVIII, 32, 9. También a través de Livio podemos ver la distorsión del carácter bélico y de la resistencia contra formas extrañas a la sociedad ibérica del valle del Ebro, expresadas por dicho autor en el Libro XXXIX, 56, 1. Asimismo la resistencia contra la presión romana se traduce en algunos casos con la aparición de caudillos o régulos como Edecon en Sagunto o Indibil y Mandonio en el área ilergete, los cuales han sido interpretados como elementos de sociedades aristocráticas tendentes hacia las formas monárquicas de las áreas meridionales de la Península, sin que haya ningún fundamento para tales hipótesis¹⁹.

No obstante la estructura social ibérica dominante en los dos siglos anteriores perdurará hasta el siglo I antes de C. como por ejemplo en áreas montañosas poco susceptibles de una explotación con los sistemas que Roma va imponiendo. Tal es el caso del poblado de la Serra de L'Espasa de Capsanes²⁰. En el caso de Azaila se ve una progresiva adopción de elementos romanos favorecida por la instalación en dicho yacimiento de colonos que acentúan dicho carácter de romanización durante el siglo II a. C. Lamentablemente adolecemos de mayor cantidad de yacimientos que nos documenten acerca del proceso de romanización desde el siglo II al siglo I a. C.

No obstante, las posibilidades económicas del área que nos ocupa se ven reflejadas a través de las fuentes clásicas. Así, el desarrollo del cultivo de la vid y del olivo viene ya reflejado por Avieno en su obra *Ora Marítima*, v. 495, 502 y 505. Igualmente Plinio en *N. H.*, XIX, 41 habla de la importancia del cultivo de la vid, al igual que Marcial en la referencia que hace en XIII, 118 sobre la calidad de los vinos tarraconenses. Respecto a árboles frutales para el área levantina tenemos el testimonio de Estrabón en *Ib.*, IV, 3, y acerca del olivo y la higuera, destacamos las referencias de Plinio en *NH.*, III, 4, 6. La riqueza cerealista del valle del Ebro queda reflejada a través de Plinio en *NH.*, XVIII, 306 y por César en *B. C.* 1, 60, el cual además hará referencia a la conservación del mismo en silos.

En cuanto a la pesca fluvial a la cual ya hemos hecho mención anteriormente queda asimismo expuesta en la obra de Nonius *De Cato Originum*, Lib. VIII: «*Fluvium Hiberum, is oritur ex Cantabris, magnus atque pulcher, pisculentus*». Finalmente, las actividades textiles quedan reflejadas en la cita de Plinio en *N. H.* XIX, 10, acerca del lino tarraconense.

Estas referencias han servido en general para hablar de las actividades económicas del mundo ibérico aunque tal como las hemos presentado, para los momentos anteriores al siglo III a. C. deben tomarse con las reservas que la documentación arqueológica ofrece.

A modo de síntesis sobre lo expuesto y de manera limitada por el estado actual de la investigación, podemos exponer las siguientes consideraciones en torno a la estructura socio-económica del mundo ibérico en el valle del Ebro:

1.º Las poblaciones anteriores al siglo VI a. C. en el Ebro Inferior tendrán un proceso de adopción de formas agrícolas y ganaderas, sin una estabilidad de habitat hasta momentos más avanzados.

2.º En estas fases no encontramos una clara diferenciación social en base al pequeño número que componen los poblados y ante la necesidad de esfuerzos comunitarios.

3.º A partir del siglo VI a. C. y con la potenciación del mundo ibérico cuyo desarrollo parece iniciarse en las áreas costeras del Levante hispano, coincidiendo en parte con la presencia de elementos coloniales aún poco delimitados, se tenderá hacia

una penetración de las formas de vida ibéricas que alcanzarán la región sedetana en la primera mitad del siglo V a. C.

4.º Las transformaciones comunes a las áreas que hemos tratado, perfilan la aparición de formas urbanas más estables, con el consiguiente crecimiento demográfico y con una serie de mejoras técnicas tanto a nivel constructivo como agrícola y ganadero. A través de las estructuras de los poblados asistimos a una mayor división social del trabajo documentado en actividades tales como la fundición metalúrgica, la producción textil o la fabricación de cerámica. Asimismo encontraremos dentro de los poblados áreas específicas para la conservación de productos principalmente agrícolas.

5.º La mayor estabilidad del mundo ibérico queda reflejada en muchos casos por el crecimiento y perduración de los poblados hasta el siglo III a. C. Dicha perduración dará lugar a una mayor delimitación de las áreas que un poblado o una tribu controlen, con lo cual se potenciarían sistemas defensivos, así como la aparición de elementos bélicos en los momentos de mayor inestabilidad. No obstante y a pesar de una mayor delimitación de funciones, no se observan a través de los poblados una acumulación de riquezas o variaciones en el tamaño de las viviendas, que favorecerían la posibilidad de una mayor jerarquización social.

6.º La intervención y penetración romana en el área que nos ocupa romperá la estructura y evolución social de la misma, pero de manera gradual ya que encontraremos aún elementos de pervivencia ibéricos. Es a través de las fuentes clásicas cuando se obtiene una imagen excesivamente belicosa del mundo ibérico debido a la resistencia que el mismo opone a Roma, plasmándose igualmente el aspecto del bandolerismo ibérico.

7.º El proceso de romanización que se inicia desde el siglo II a. C. se manifiesta en las zonas agrícolas de una manera más favorable que en los núcleos montañosos. En las primeras se acentuará la abundancia de objetos exóticos de importación cuya finalidad es difícil de valorar aún como símbolo de acumulación de riqueza o por prestigio social. No obstante, la tendencia hacia formas de acumulación de propiedad pueden ir perfilándose ya en el siglo I a. C. De esta manera el comercio de productos exóticos que se daba durante los siglos VI y V a. C., en función de prestigio social o totémico, cambiará con la adopción de las formas que comporta el proceso de romanización.

NOTAS

¹ G. Fatás, *La Sedetania*, Zaragoza, 1973. El citado autor trata del problema de la delimitación y periodización de los sedetanos, centrándose principalmente a partir del siglo III A. C., momento que coincide con las primeras referencias a través de las fuentes literarias, aparición de cecas monetarias, etc. También se refiere a ilergetes, ilercavones y edetanos.

No obstante el problema sigue planteado para las primeras fases de la iberización del Ebro inferior anteriores al siglo V A. C. en donde falta una mayor periodización de la cultura material de dichas tribus. El punto de partida para estos trabajos arranca de P. Bosch Gimpera, *La cultura ibérica del Bajo Aragón*, Barcelona, 1929.

² Un intento de periodización del área que nos ocupa es desarrollado por S. Vilaseca en *Coll del Moro, Poblado y túmulo posthallstáticos en Serra d'Almors, Tivissa, Bajo Priorato* en *Estudios Ibéricos I*, Valencia, 1953, aunque en algunos aspectos las cronologías tienden a ser bajas. Una síntesis del mismo autor en *Reus y su entorno en la Prehistoria*, Reus, 1973.

³ J. Maluquer de Montes, *Proceso histórico-económico de la primitiva población peninsular*, Barcelona, 1972, pp. 59 y ss. El paso de una economía recolectora a formas económicas agrícolas y ganaderas empieza a documentarse de manera más homogénea a partir del Bronce Medio en el Valle del Ebro. No obstante falta mayor documentación para las fases anteriores al citado momento.

- ⁴ A. Beltrán, *La indoeuropeización del Valle del Ebro*, 1.º S.P.P., Pamplona, 1960, pp. 103-124.
- ⁵ Hemos tratado esta problema en nuestra Tesis Doctoral, *Aproximación histórico-arqueológica a la Ilercavonia*, Bellaterra, 1975. Para el área costera en torno al Ebro, también F. Fernández Nieto, *Beribrases edetanos e ilercavones* en *Zephyrus*, XIX-XX, 1968-69, pp. 115-142.
- ⁶ Hay criterios cronológicos diferentes en torno a la iberización del Valle del Ebro anterior al Siglo V a. C. Para M. Beltrán en *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Zaragoza, 1976, dicho proceso de iberización es posterior al siglo V a. C. con cronologías que nos parecen excesivamente bajas. El problema ha sido tratado también por M. Pellicer en *La cerámica ibérica del Valle del Ebro*, en *Caesaraugusta* 19-20, 1962, pp. 37 y ss. La migración de pueblos ibéricos hacia el valle del Ebro es asimismo tratada por P. Bosch Gimpera en *Los iberos*, Buenos Aires, 1948, pp. 79-86 a partir de la cita de Estrabón III, 4, 6. No obstante el problema cronológico empieza a dilucidarse a través de materiales arqueológicos tales como las cerámicas de importación encontradas en estas áreas.
- ⁷ P. Bosch Gimpera, *Todavía el problema de la cerámica ibérica*, Universidad Autónoma de México, Cuadernos del Instituto de Historia. Serie Antropológica, n.º 2, México, 1958. Para las cerámicas de importación del Bajo Aragón, E. Sanmartí. *Las cerámicas finas de importación de los poblados prerromanos del Bajo Aragón*, en Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense, II, 1975, pp. 87-127. Para la incidencia colonial fenicia en torno al Ebro inferior J. Maluquer, *Los fenicios en Cataluña*, en V.º S. P. P., Barcelona, 1969, pp. 241-250 y N. Mesado, *Vinarragell (Burriana, Castellón)*. Serie de trabajos varios del SIP, 46, Valencia, 1974.
- ⁸ J. Maluquer de Motes, *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra*, Pamplona, 1958. También A. Beltrán, *Dos notas sobre el poblado halstattico del Cabezo de Monleón: I La planta. II Los Kernoí en Caesaraugusta* 19-20, 1962, pp. 7-56.
- ⁹ J. Maluquer de Motes, *El yacimiento hallstático...* cit. y también del mismo autor, *Panorama económico de la Primera Edad del Hierro* en Estudios de Economía de la Península Ibérica, Barcelona, 1968, pp. 66-68.
- ¹⁰ J. Maluquer de Motes, *Panorama económico...* cit. pp. 68 y ss.
- ¹¹ A. Cabo, M. Vigil, *Historia de España Alfoque I*, Madrid, 1973, pp. 208 y ss.
- ¹² O. Arteaga y M. R. Serna, *Los Saladares en Noticiario Arqueológico Hispánico, Arqueología III*, 1975, pp. 9-144. También O. Arteaga, *La panorámica protohistórica peninsular y el estado actual de su conocimiento en el Levante Septentrional (Castellón de la Plana) en Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, n.º 3, Castellón 1976, pp. 173-194. Materiales arqueológicos que nos dan un similar contexto para las áreas que nos ocupan son tratados por F. Esteve Galvez, *La Necrópolis del Bovalar (Castellón) en Archivo de Prehistoria Levantina*, XI, 1966, Valencia, pp. 125-148.
- ¹³ En dicho yacimiento hemos efectuado dos prospecciones arqueológicas en 1977-78 con los resultados expuestos. Contamos asimismo con el análisis más detallado que se está llevando a cabo en el Departamento de Botánica de la Universidad Autónoma de Barcelona.
- ¹⁴ A. Cabo-M. Vigil. *Historia...* cit. pp. 252-53.
- ¹⁵ J. Serra Rafols-S. Vilaseca, *Campañas arqueológicas del plan nacional de excavaciones en el Castellet de Bañolas, Tivisa*, en Ampurias V, 1945, pp. 11-35. También J. M. Blázquez, *La pátera de Tivisa*, en Ampurias XXV, 1955-56, pp. 111-140.
- ¹⁶ M. Beltrán, *Arqueología e historia...*, 1976, cit. pp. 438 y ss.
- ¹⁷ F. Pallares, *El poblado ibérico de S. Antonio de Calaceite*, Bordiguera. Barcelona, 1965.
- ¹⁸ P. Bosch Gimpera, *Les soldats iberiques agents d'hellenisation et de romanisation*, Hachette, París, 1966, pp. 141-148. También A. García y Bellido en *Bandas y guerrillas en las luchas con Roma*, Madrid, 1976 (reedición) pp. 13-60 recoge los aspectos aquí reseñados. Para el área que nos ocupa conviene destacar el papel de las «turre-Hannibalis» o torres-atalayas como las de la Torre Cremada de Vall del Torno en el Bajo Aragón o la de los Foyos en Lluçena del Cid (Castellón) siendo más discutible la posible torre del Coll del Moro de Gandesa con finalidad defensiva.
- ¹⁹ M. Tarradell, en *Historia del país valencià*, I, Barcelona, 1965, pp. 75-78 considera la organización política y social ibérica en base a la ciudad sin ninguna tendencia monárquica al igual que A. Arribas, en *Los iberos*, Barcelona, 1965, p. 138. En cambio M. Vigil, en *Historia...* cit. p. 256 habla de regímenes monárquicos al N. del Ebro, entre los ilergetes, a partir del caso de Indibil y Mandonio que no pasan de ser unos jefes militares en un momento excepcional. También A. García y Bellido, *Bandas y guerrillas...* cit., pp. 13 y ss.
- ²⁰ L. Vilaseca Borrás, *El poblado ibérico de Serra de l'Espasa, Capsanes*, Reus 1958, Instituto de Estudios Tarraconenses, Ramón Berenguer IV.